dores del volumen ofrecido a don Antonio Machado desde la tierra francesa que cubre su cuerpo. La tierra donde se muere es una patria al revés. O, como dice Ángela Figuera en su hermoso poema de este libro: «Todos los muertos duermen en su casa / porque es una la hacienda y uno el hombre / y uno el amor que aprieta y unifica / los mapas de colores diferentes».

L. de L.

«La poesía a dos aguas», de Rafael Laffón

Conocíamos un Laffón barroco, rico de metáforas y rimas, cuando nos sorprendió con la poesía desnuda y angustiada de su *Vigilia del jazmín*. El recamado litúrgico y procesional cedía ante la verdad escueta porque aquella vez la procesión iba por dentro. Digamos, dos vertientes de la poesía: la íntima y desgarrada, y la retórica y preciosista. ¿Las dos aguas que dan título a este nuevo libro* del fiel poeta sevillano? Como quiera que sea, él declara, en nota preliminar, que sus gustos e inclinaciones van hacia la mayor elaboración del poema. *Aquella* vez –dice– la emoción fue tan apremiante que no dio tiempo.

Uno no niega la legitimidad de ambos modos poéticos, pero encuentra evidente que en el segundo va más arte que alma, el poeta está menos consigo y más con Apolo, como de Alonso de Ledesma cuenta Cervantes en *El viaje al Parnaso*, y si

* Imprenta Provincial. – Badajoz, 1961.

se recuerda ahora es porque Laffón coge, precisamente, versos del conceptista segoviano para hacer una de sus glosas que nada han de envidiar a los del XVII.

En esa línea, Laffón no se desdice pero no nos sorprende. Sabedores somos –y gustadores– de su orfebrería y de su fervor. La palabra amorosamente trabajada. Las torres de sus décimas, las joyas de sus seguidillas. Y su temática, con frecuencia de advocación religiosa, donde lo culto y lo popular juegan a veces, como en los deliciosos hexasílabos de San Sebastián en la anticipada primavera. En ocasiones, lo vivido y sufrido conquista una cabeza de puente sobre el terreno que dominaba lo puramente esteticista. Tal acontece con unas décimas al Guadalquivir, por ejemplo.

En los poemas de la otra vertiente, más íntimos, escritos en verso libre (hay varios en este volumen, aunque son minoría), la religiosidad del poeta pasa de la alabanza a la meditación, de la loa a la elegía, porque elegíaco es su tono dolorido, su acento como de vida pasada. Es una poesía cuya subjetividad e intemporalidad se palia sólo por alguna referencia concreta –los autobuses, la publicidad radiofónica–.

Nos da la impresión de que el poeta se duele de su vivir, aunque lo acepta en conformidad con el destino. Se siente hombre elemental y simple ante los ojos de Dios; sencillo junto a los pequeños, cuya inocencia de «caminos que vienen» compara con la suya, de caminos que «se vuelven»; hablemente humana y sencilla. Parte de la realidad y, pasando por su corazón, nos llega con emoción verdadera. Se mueve, por lo general

en un verso corto y romanceado, en feliz síntesis expresiva, y no le falta el gozo de vivir aunque sea, a veces, sobrepuesto al dolor de lo mismo. Desde *El año cero*, su primer libro —con el que nos lo presentó Gabriel Celaya en su inovidable colección «Norte»—, libro fresquísimo y natural, donde abundaba sobre todo la nota exterior, descriptiva e irónica, la obra de este poeta ha ido ganando contenido biográfico hasta los poemas últimos de esta antología, en los cuales vemos entrar la meditación y un poco de tristeza.

L. de L.

«Primera antología», de Jesús Delgado Valhondo

Evidentemente, aunque el don del poeta sea innato, su alumbramiento depende de las circunstancias. El prologuista de este libro*, Eugenio Frutos, insiste en ello a cuento de la obra del extremeño Delgado Valhondo. Por mi parte creo que, en efecto, dos hechos han pesado en su poesía: el paisaje y la escuela, la profesión de maestro. Motivos que entraron por los ojos, realidades físicas, naturales, enriquecieron la interioridad del poeta, haciendo peculiar su expresión en imágenes con fuerza y gracia evocadores y descriptivas, como en un esquema poético de las cosas. Y motivos que entraron por

* *A dos aguas*. Vol. CXCVI de la Colección «Adonais». Ediciones Rialp, S. A.—Madrid, 1962.